

LA FE EN LA RESURRECCIÓN

Dudas, temor, perplejidad acompañaron el estupor de los discípulos cuando experimentaron que Jesús había resucitado. Los relatos evangélicos están de acuerdo en este punto. Condicionados por su mentalidad, según la cual la muerte pone fin a la vida del individuo, los discípulos fueron incapaces de percibir la novedad de la enseñanza de Jesús y de abrirse a los efectos vivificadores de su palabra. Los evangelistas Lucas y Juan presentan a Cristo resucitado mostrando las señales de la pasión y conservando intactos los rasgos humanos; de este modo pretenden afirmar que la muerte en cruz de Jesús no fue un fracaso ni supuso el final de cuanto les había enseñado y realizado, sino que, antes bien, significaba su verdadero triunfo.

El testimonio de los discípulos de Emaús, que habían reconocido a Jesús resucitado al partir el pan, no bastó para convencer al resto del grupo del hecho de la resurrección. Fue necesario que cada uno de ellos experimentara la presencia del Resucitado en su propia existencia y en el ámbito de la comunidad. Esta meta la alcanzaron solo de modo progresivo: la resurrección, en efecto, se fue haciendo cada vez más clara a los «ojos» de los discípulos. El «realismo» con que se describe al Señor alzado de entre los muertos tiene la finalidad de indicar cómo aquél Jesús que ellos conocían, es ahora quien vive en medio de ellos; la muerte no solo no ha borrado su apariencia, los rasgos que lo hacían reconocible, ni tampoco ha disminuido su humanidad, sino que lo ha hecho todavía más lleno de vitalidad, capaz de difundir un amor que abre la mente de los discípulos a la comprensión de su enseñanza.

Los discípulos experimentarán al Resucitado contemplando las señales de la pasión y escuchando su voz. Su fe se fundamenta en la escucha de las palabras que el Señor les dirige, que es el don de la felicidad plena (¡Paz a vosotros!), y en la constatación de las señales concretas de su amor incondicional. Son estos los gestos que hacen posible que los creyentes de cada época de la historia experimenten a su vez la presencia del Resucitado: el don de un amor incondicional y la comunión fraterna que el mismo genera. Encarnar este amor en la propia vida, creando comunión, permite superar todo temor, duda o espejismo sobre la muerte. Es más, abre los ojos para comprender cada vez mejor el designio de Dios y poder anunciarlo. El itinerario de los discípulos no termina con el paso de la incredulidad a la fe, es preciso proclamar la verdad de esta experiencia.

Ricardo Pérez Márquez